

Discurso ceremonia de titulación
Escuela de Postgrado Medicina Universidad de los Andes

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita, y al verlo, se desvió y siguió de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. “Cuídemelo —le dijo—, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva.

Dos mil años después, otro buen samaritano, oriundo de Paine, se apreciaba nervioso. Podría haber pasado por un hombre tímido, de pocas palabras, pero definitivamente de convicciones claras. Era su primera competencia internacional en su motocicleta y en el Rally más difícil del mundo. Aquella había sido su indomable afición, que lo llevó a dejar en el camino no sólo a rivales, sino que también amigos y parte de su vida familiar. Pero ahí estaba, nervioso en su primer Rally Dakar el año 1996, y quería ganarlo.

Con un talento indescriptible tomaba ventaja sobre sus oponentes posicionándose momentáneamente entre los mejores. Fue ahí cuando se percató de una motocicleta volcada y un oponente en el suelo. Quizás fue sólo un segundo en el que entendió lo que iba a suceder y que el podio que soñó durante más 20 años ya no era importante. Fue ahí, que dio la vuelta, condujo contra el tránsito y puso en riesgo su vida por rescatar a aquel piloto mongol que finalmente logró sobrevivir.

Trece años después, Carlo de Gavardo, estaba a 15 kilómetros de la meta, esta vez en su auto tipo “buggy”. Era tarde, llovía y hacía mucho frío cuando vio una moto botada y un piloto inmóvil en posición fetal. Sin dudarle, junto a su compañero, fue en ayuda del profesor italiano de 43 años Federico Ghitti que debutaba por primera vez en la competencia. Se dice que fue reanimado con gritos, masajes cardíacos y con calor que despedía el tubo de escape. Lo subieron al auto y a las cuatro de la madrugada lograron cruzar lo que quizás fue la meta más codiciada, y con ello mantenerlo con vida.

A poco más de un año su desafortunado fallecimiento, Carlo de Gavardo ha logrado trascender no sólo por haber cosechado tres campeonatos mundiales, sino también por su humanidad, solidaridad y compañerismo. Por hacer algo distinto, por marcar la diferencia.

Estimados colegas, directivos, profesores docentes y familiares,

En nombre de mis compañeros, es muy grato para mí estar aquí en este momento tras 10 años de estudios, para poder recibir el título de especialistas en diferentes áreas de la medicina.

Estos tres últimos años han estado marcados de momentos y emociones que difícilmente saldrán de la memoria. Quisiera agradecer profundamente todo lo recibido por parte de nuestros profesores, ellos saben que en cada turno, seminario, reto, examen o visita fueron moldeando en parte lo que somos ahora. De a poco fuimos entendiendo la idea que nos querían transmitir. Es que quizás todos los graduados hoy compartimos algo en común, y es que hemos entendido que detrás de una enfermedad, procedimiento o cirugía hay una persona que sufre y que demanda todo nuestro esfuerzo, rigurosidad y dedicación.

Por otra parte, al igual que Carlo de Gavardo, me siento también un poco nervioso al saber que hoy somos enviados a correr en arenas peligrosas. Estamos en una sociedad moderna, que vive encandilada por la necesidad de consumir bienes y productos de manera innecesaria. Es que realmente es muy difícil estar ajeno y es un deseo casi colectivo el tener o darle a nuestra familia lo que creemos que es lo mejor “el mejor colegio”, “el último celular”, “el mejor auto”, “el viaje con el destino más lejano”, “el hospedaje más costoso” o “comer en ese restaurant más elegante”. Esto a costa de dormir menos horas, trabajar hasta más tarde, vivir más cansado, llamar poco y visitarse aún menos. Es por eso que no me extraña ver un sistema público que agoniza y que entre sus fisuras abrió paso a la comercialización de la medicina. Estamos en esa época donde se habla de “clientes” y no de “pacientes”, en donde se habla “de libertad de elección”, mientras el derecho a la vida pasa a ser algo secundario, algo prescindible y relativo. Me preocupa ver que un mismo paciente que ingresa a una unidad crítica en una clínica, es enviado a su casa desde una urgencia de un hospital público “porque no hay nada más ofrecerle”. Me preocupa.

Es una época compleja, el clima de aquí es adverso y debemos estar muy alertas, de no perder la ruta, o más difícil aún, poder cambiarla, ir en sentido contrario, arriesgar un poco e intentar hacer algo distinto por otro que no sea unos mismo o la propia familia, en definitiva marcar una diferencia.

Se habla de carencia de especialistas, yo veo más urgente carencia de buenos samaritanos, de aquellos que no siguen de largo, sino más bien son capaces de detener su motocicleta y pensar por un momento. Porque para brindar ayuda hay que detenerse y mirar hacia alrededor.

Porque antes de médicos somos seres humanos que hoy se van con las manos llenas. De nosotros dependerá de qué manera las vaciamos.

Muchas gracias.

Dr. Felipe Olivares Abara.

Santiago, 16 de agosto de 2016.